

La revolución que llegó para quedarse

Los cubanos rememoran la entrada de los 'barbudos' en La Habana el 1 de enero de 1959

Por BEATRIZ JIMÉNEZ

Esta vez, por fortuna para Cuba, la revolución llegará de verdad al poder". Los rebeldes, mandados por Fidel Castro, llegaron a La Habana tras la huida del dictador Batista el 1 de enero de 1959 y jalaron a las multitudes que les felicitaban en las calles. "Fue un momento de júbilo absoluto, habíamos vencido y la gente nos aplaudía y nos daba las gracias", recuerda 50 años después Óscar Fernández Mel "orgulloso de haber participado en aquella gesta". Tras dos años de lucha, los hombres de Castro cercaban las principales ciudades de la isla en diciembre de 1958. Batista fortificó Santa Clara enviando 2.000 soldados y un tren blindado. La caída del tren en manos de los rebeldes desencadenó la huida del dictador. Cuba recuerda estos días el triunfo de la revolución de los *barbudos*.

Fernández Mel afirma que estaba junto a Ernesto Che Guevara en Santa Clara cuando se enteraron por radio de la huida de Batista. Era el médico de la Columna Ocho, unos 300 hombres armados y encabezados por el Che que tomaron la ciudad defendida por 3.000 soldados. "La población estaba a nuestro favor y el ejército, aunque era más poderoso, estaba desmoralizado. Por eso pudimos vencer", cuenta por teléfono desde La Habana. Desde Santa Clara fueron a la capital y la fiesta se alargó hasta la entrada triunfal de Castro el 8 de enero.

La alegría se vivió en todo el país. Guido Núñez, que entonces tenía 16 años, también celebró por todo lo alto la entrada en La Habana. Lo vio por televisión desde Puerto Padre, el pueblo al que le había enviado su madre por la inseguridad de la capital. "Había asesinatos, jóvenes desaparecidos, bombas..." cuenta desde Tenerife. Fulgencio Batista había llegado al poder en 1952 mediante un golpe de Estado y "existía un agotamiento en la gente. Los rebeldes ofrecían un cambio social y nacionalista, se decían democráticos y nunca hablaron de comunismo", recuerda. "Se vivió una euforia absoluta, el pueblo estaba esperanzado".

Las celebraciones que se preparan ahora, medio siglo después de la llegada de



Fidel Castro da un discurso en Santa Clara en los primeros días de enero de 1959, en su camino hacia La Habana. Foto: MAGNUM

Castro al poder, están marcadas por la crisis económica y los efectos de los huracanes que devastaron Cuba el pasado verano. "La situación no está como para mucha fiesta", dice resignado Fernández Mel.

Las ansias empujaron a Marta Freyde a colaborar desde la sección femenina del Partido Ortodoxo Cubano, que apoyaba el movimiento revolucionario. Allí coincidió con Fidel Castro. Años después, desencantada con la política del gobierno, intentó salir de Cuba y el propio Castro se lo impi-

dió. "Dijo que sabía demasiado". Después de más de tres años de cárcel, al final consiguió exiliarse. A sus 88 años, desde su casa de Madrid, dice no arrepentirse de nada.

"El motor de la revolución fue el apoyo urbano", afirma; "fue lo que sostuvo a Fidel y los suyos" en Sierra Maestra. "Les admirábamos, ¿quién no? Eran unos patriotas que iban a mejorar el país", explica Núñez: "Yo mismo compré bonos del 26 de julio para dar dinero a la revolución". La implicación de Freyde fue mayor desde el principio,

treintañera Yoani Sánchez, "parece que Cuba es de ellos y todo es apatía".

El blog de Yoani Sánchez, que en mayo ganó uno de los premios Ortega y Gasset de periodismo, recibe millones de visitas y es traducido a 13 idiomas. Aunque ella afirma que se trata de "un grito individual, sin pretensiones de algo masivo", Yoani aprovecha la revolución de la red para enseñar Cuba. "¿Revolución? No me gusta esa palabra", protesta al teléfono, "aquí sólo significa estatismo, no cambio, no creatividad" •

visados es una de sus peticiones. "Es muy costoso para ucranios y bielorrusos", explica Jerky Buzek, ex Primer Ministro polaco y delegado en el Comité de Cooperación UE-Ucrania. Un visado que antes era gratuito vale ahora 50 euros, una cantidad difícilmente costeable para los vecinos del Este. El número de documentos requeridos también ha aumentado, lo que ha disminuido el flujo de inmigrantes que cruzan diariamente la frontera.

Schengen ha perjudicado a los que quieren entrar, pero también a los polacos que necesitan inmigrantes para sus negocios. "Los empresarios presionan al Gobierno para que se abra el mercado laboral; este año están teniendo problemas para recoger las manzanas o las cerezas", explica Mirosława Keryk, investigadora ucraniana de la Universidad Olympe de Varsovia. Polonia, un país

que ha exportado mano de obra masivamente en los últimos años —más de un millón de sus 38 millones de habitantes ha emigrado a Europa occidental desde 2004— necesita ahora trabajadores. Mientras que en Inglaterra abundan los carpinteros o fontaneros polacos, en Polonia falta mano de obra, sobre todo en la construcción y el campo. Estos sectores se han nutrido durante años de los temporeros del Este que entraban y salían del país, lo que allí se conoce como migración de lanzadera.

"Antes había autobuses que transportaban continuamente trabajadores desde mi país a Polonia", cuenta una joven ucraniana. En la frontera incluso se establecieron familias dedicadas al pequeño comercio transnacional. Compraban en Ucrania y vendían en Polonia tabaco y todo tipo de productos de bajo coste. "Esto es historia", dice Ewa

Matejko, investigadora de la Universidad de Varsovia. Las que se enriquecen ahora en la frontera son las mafias que ayudan a entrar y salir ilegalmente a los inmigrantes. Operan sobre todo en las montañas de Bieszczady, en la frontera con Ucrania.

Otra forma de burlar la ley es compartir los permisos para trabajar entre varias personas. Es algo habitual entre madres e hijas que cruzan la frontera y viven internas en casas de las clases media y alta polacas. Los hombres suelen quedarse en suburbios de las grandes ciudades. "Algunos que han pasado varias temporadas aquí se van luego a otros países europeos como España e Italia, donde tienen familia o amigos", explica Matejko.

Más de 10.000 funcionarios vigilan los 1.176 kilómetros de frontera. Pero la protección de lo que desde el año pasado es una

de las principales puertas orientales a Europa no se ha puesto en pie de un día para otro. "Polonia lleva preparándose para esto desde su entrada en la UE", explica Matejko, "el fenómeno de la corrupción ha disminuido notablemente". Se han creado infraestructuras, incorporado medios (el Gobierno compró 1.300 vehículos todoterreno para patrullar los lindes con Bielorrusia y Ucrania) y adiestrado a los guardias fronterizos.

Polonia tiene un ojo en Bruselas y el otro en sus vecinos del Este. "He luchado toda mi vida para que la juventud pudiera vivir en el extranjero. Ahora necesitamos gente joven y nos gustaría tener inmigrantes", explica Jerky Buzek. Es la doble alma polaca, que tan bien ejemplifican su euroescéptico presidente Lech Kaczyński y el europeísta Donald Tusk, actual primer ministro •